

Capítulo 1

Giró la esquina y allí estaba él, sentado y mirando las rosas como si, en cualquier momento, fueran a hablarle. Su cara cicatrizada volvía a reflejar aquella mirada triste y perdida. A veces, ella se atrevía a creer que le revelaba esa cara a propósito y luego saboreaba el brillo en su mirada. Sin embargo, como era demasiado práctica, ese brillo no duraba mucho tiempo. Enseguida se recordaba que el único motivo por el que había visto esa faceta era porque lo había estado espionando mientras él creía que estaba solo.

Esa noche la presentarían ante la corte. Su padre la había traído con la esperanza de formar una alianza mediante el matrimonio, y preferiblemente con alguien que contribuyera a reforzar el favor del rey para con su familia. Desde que lo había visto había tenido que luchar contra sus esperanzas de que fuera el elegido. Sobre el papel era perfecto, pero ella nunca había tenido demasiada buena suerte. En lugar de un hombre por el que su corazón latiría con fuerza, seguramente acabaría con algún amanerado de la corte o con alguno ya maduro, probablemente más maduro que los demás.

A sus diecinueve años, era una casadera tardía, pero su padre había preferido que así fuera, con la esperanza de que perdiera un poco su aspecto de niña y pareciera más mujer. Aunque la espera había sido en vano. Era menuda y las pociones y los platos de avena no iban a cambiarlo. Únicamente Meg y ella sabían que no era tan niña como aparentaba. Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de que no se creía guapa. Se lo habían dicho demasiadas veces como para no

saberlo. Con tan poco que ofrecer a un hombre, uno como Iain MacLagan no era para ella.

Tenía el pelo del color del vino de Burdeos, tan intenso que había quien aseguraba que desprendía reflejos violetas, a pesar de que ella lo negaba con airada rotundidad. Era tan grueso y con tanta tendencia a rizarse que siempre se le escapaba de los recogidos, con lo que siempre lucía un aspecto despeinado. Tenía los ojos marrones con destellos dorados, debajo de unas delicadas y arqueadas cejas oscuras, y enmarcados por unas pestañas tan largas y rizadas que siempre tenía que negar que fueran postizas. A pesar de que sabía que tenía una piel preciosa y pálida, había tenido la desgracia de tener pecas que, aunque eran claras y escasas, no desaparecían. Suspiró.

No supo si fue por el suspiro o por la sensación de que alguien lo observaba, pero Iain MacLagan se volvió hacia ella de repente. Ella se quedó como una liebre asustada, inmóvil bajo la intensa mirada de aquellos ojos turquesa que brillaban con fuerza, aunque sin emoción, en medio de aquella cara sombría. De hecho, esperaba que, en cualquier momento, la despellejara viva con su voz fría y distante, muy conocida en la corte, por tener la insolencia de invadir su privacidad.

Iain pensó en alejarla con palabras duras, pero la chica parecía tan frágil y asustada que no pudo hacerlo. Llevaba el pelo rojizo despeinado debajo del tocado. Sus ojos eran un par de lagos inmensos en medio de aquella cara de marfil, un rostro delicado que estaba entre la forma de corazón y triangular. Unos dientes perfectamente blancos mordían el carnoso labio inferior. Su cuerpo poseía pocas curvas que indicaran que ya era una mujer, aunque estaba seguro de que ya había tenido la menstruación. Además, le faltaba estatura y carne, puesto que su cuello y sus brazos rozaban la fragilidad.

Se preguntó quién era tan estúpido como para dejarla pasear por allí sola. Su juventud no supondría ninguna protección. A pesar de que a él le parecía una aberración desear y acostarse con una chica que apenas había tenido su primera menstruación, sabía que para otros no era ningún impedimento. Y también estaban los que ignorarían abiertamente el hecho de que proviniera de una buena familia y

fuera tan inocente. Aunque, a pesar de aquella fragilidad, era bastante atractiva.

—No tiene de qué asustarse, señorita.

—No quería perturbar su privacidad, Sir MacLagan —deseó que su cuerpo desapareciera, pero no fue así.

—El jardín está para que todos lo disfrutemos. Venga, siéntese. Usted conoce mi nombre, pero yo desconozco el suyo. Acérquese.

Muy despacio, ella se acercó y se sentó a su lado casi esperando que el asiento le quemara el trasero.

—Me llamo Islaen MacRoth.

—Islaen. Le queda bien —murmuró él, ante su delicada y ligeramente grave voz, que iba acompañada de la atracción de la musicalidad—. No la había visto por aquí antes. ¿Acaba de llegar?

—Sí. Esta noche me presentarán ante la corte. —Vio cómo él arqueaba las oscuras cejas y supo que pensaba que era demasiado joven—. Acabo de cumplir diecinueve años. Mi padre me ha mantenido en casa con la esperanza de que me desarrollara un poco más. Pero ha acabado dándose por vencido.

Iain dibujó una pequeña sonrisa porque, a pesar del tocado y la espalda erguida, apenas le llegaba al hombro. Las manos que se aferraban a la falda del vestido eran pequeñas, delicadas y con dedos alargados. Excepto los enormes ojos oscuros que lo miraban fijamente, todo lo demás de Islaen MacRoth era pequeño, incluida su nariz pecosa y ligeramente respingona. No pudo evitar preguntarse cómo iba a encontrar marido, porque sabía que ése era el motivo por el que la habían traído a la corte.

—Tengo una dote considerable, unas buenas tierras cerca de la frontera y un linaje excelente.

—Y lee el pensamiento, ¿no es cierto? Me ha puesto un razonamiento muy mal educado en la mente.

La culpa tiñó su voz de la severidad que pretendía para sonar convincente. Era un insulto hacia una mujer pensar que no era casadera y no tenía ninguna intención de insultarla. Parecía una niña muy dulce.

Por dentro, se maldijo porque su cuerpo estaba reaccionando ante ella como un hombre ante una preciosa mujer. Su entrepierna no dudaba de su edad. Era un sentimiento contra el que tenía que luchar, aunque le costó mucho más de lo habitual desde la muerte de Catalina. Y aquello lo preocupaba porque consideraba vital mantener su pasión bajo un estricto control.

—No, sólo digo la verdad y lo que veo en sus ojos, porque ya lo he visto antes. Los maleducados son los que se quedan boquiabiertos o se ríen.

—Y hace bien. —Su rostro se endureció de repente—. Sería un error que cualquier hombre se casara con usted y la obligara a tener hijos.

Ajena a lo que había provocado ese comentario o la dureza de su voz, ella se levantó y se colocó frente a él.

—¿Y por qué dice eso? Soy una mujer y ustedes, los hombres, se casan con mujeres y las dejan embarazadas. Puedo hacerlo tan bien como cualquiera.

—No, no puede. No tiene caderas, criatura.

—Si eso es cierto, ¿puede decirme sobre qué estaba sentada hasta hace un momento?

—Sobre su trasero, y seguro que es muy pequeño.

—Mi madre era igual que yo y tuvo doce hijos, doce hijos sanos. No murió dándonos a luz. Se fue a pescar salmones cuando yo tenía cinco años y se ahogó. Si ella pudo, yo también.

—Es imposible que recuerde a su madre. —Se levantó y la miró fijamente—. Es una mujer muy menuda que no está hecha para tener hijos.

Para contrarrestar la diferencia de altura, Islaen se subió al banco.

—Entonces, ¿cuál es el designio de Dios para mí?

—Sólo Él lo sabe. Sí, y seguro que sólo Él sabe cómo he terminado teniendo esta conversación. Sea inteligente, métase en un convento y olvídese de los hijos.

—Usted es un hombre. ¿Qué sabrá de todo esto? —preguntó ella,

tozuda, y contuvo la respiración cuando él la agarró por los hombros.

No la asustó con aquella repentina intensidad. Islaen descubrió que sentía una profunda y absoluta confianza en él. Pero no entendía por qué se había puesto así. La conversación había dado un extraño giro que la había dejado confundida. No eran las palabras que había soñado que le diría cuando por fin consiguiera hablar con él.

«Sin embargo — se dijo con una sonrisa por su estupidez —, no es más extraño que si hubiera empezado a dedicarme bonitas frases de amor eterno, como tantas veces he imaginado.» En realidad, frente a aquella fantasía, la extraña discusión parecía bastante razonable.

— Sé más de lo que quisiera, jovencita. Embarazar a una chiquilla como usted es como cortarle el cuello. Sí, gritará noche y día y sólo conseguirá dar a luz a un hijo muerto y desangrarse hasta morir ella también. Lo sé perfectamente.

Ella se tambaleó cuando la soltó de forma abrupta.

— Ese destino también puede llegar para una mujer con las caderas anchas como un río — respondió ella, con calma, porque la mirada de horror de sus ojos le había dicho que hablaba de algo muy personal.

— Haga lo que quiera — dijo él, con frialdad, cuando recuperó la calma.

— Lo haré. Me casaré y, en menos de un año, tendré un hijo. No, tendré gemelos y está invitado al bautizo, Sir MacLagan — respondió ella con una mezcla de confianza y rebeldía juvenil.

Aquella altiva declaración casi lo hizo sonreír. Parecía una chica beligerante y segura de sí misma. Y aquello le daba la seguridad de que no sabía de qué hablaba. Había algunas mujeres a las que sus familias sobreprotegían, con lo que no sabían nada de la vida hasta que se casaban y salían de la casa familiar.

— Es su vida, señorita. Desperdiciela como quiera.

La respuesta que Islaen tenía en la punta de la lengua nunca se materializó porque, a lo lejos, reconoció una silueta familiar.

— Tengo que irme, Sir MacLagan.

Y, con eso, se alejó corriendo y lo dejó con la despedida en la boca. Se arremangó la falda del vestido y, aunque Iain comprobó que las piernas también las tenía delgadas, tuvo que reconocer que eran bonitas. Luego, se volvió para ver qué la había hecho huir.

Vio que se acercaba una mujer alta y delgada vestida toda de negro. Sus trazos aguileños le recordaron a un pájaro carroñero. Y la impresión no desapareció cuando la mujer se detuvo frente a él y lo miró fijamente con sus ojos grises.

Era un extremo tan opuesto a la chiquilla que Iain estuvo a punto de sonreír. Divertido, se dijo que formaban una extraña pareja. Sin embargo, luego también se dijo que, seguramente, una vigilancia tan severa era lo que la chiquilla necesitaba para no descontrolarse por completo.

—¿Ha visto a una chica, señor? Seguramente, iba despeinada y sin escolta.

Con unos delicados modales, propios de la corte, que siempre impresionaban, Iain respondió que la había visto, sí. Y, del mismo modo, con mucha educación dirigió a la mujer en sentido contrario. Y mientras volvía al castillo se preguntó por qué lo había hecho.

Después de apenas unos instantes de conversación con la chica, ya estaba haciendo cosas extrañas. Como iba a encontrársela a menudo, se dijo que tendría que ir con cuidado. Le había costado mucho conseguir esa apariencia fría y severa y no tenía ninguna intención de perderla con una jovencita con el pelo enmarañado y rojizo. Hasta ahora, le había funcionado y ningún caballero digno de su armadura abandonaba una buena defensa.

Luchó contra sus emociones al recordarla. Era más delicada y menuda que Catalina. El único motivo que lo había llevado a hablarle de aquella manera era que preveía el mismo destino que su mujer para ella. Iría feliz a su lecho de casada, se quedaría embarazada, moriría y la enterrarían junto a su hijo; dos inocentes de una tacada. Iain meneó la cabeza mientras se decía que ojalá hubiera alguna ley que impidiera que esas chicas tan menudas y frágiles se casaran. Esa boda equivalía a una sentencia de muerte.

Islaen no estaba preocupada por tener hijos después de su conversación con Iain. Su única preocupación era sobrevivir a la regañina de Meg, que había llegado momentos después de que entrara en su habitación. Meg, que era una prima lejana de su padre, había sido contratada para criarla después de la muerte de su madre. Y la mujer realizaba su trabajo con un vigor admirable. La debilidad que su padre y sus once hermanos varones sentían hacia ella no la disuadió.

Todos los hombres de la familia trataban a Islaen con una tolerancia divertida y cariñosa. A veces, Meg sospechaba que habían olvidado que era una chica. Había tenido que sacarla de peleas, concursos de salto a caballo y lanzamientos de cuchillo. Además, tampoco ayudaba que estuviera poco preparada para ser una dama refinada. Y no sólo poco preparada, sino que tampoco le interesaba demasiado, como ilustraba el incidente de la semana anterior. Las damas refinadas no se ponían a cuatro patas en el suelo para jugar una partida de dados.

Meg no tenía la sensación de haber fracasado con la chica, porque había conseguido algunos progresos. Cuando su primo la había llamado para que la cuidara, era tan salvaje como sus hermanos. Pero con determinación, ella había conseguido limar aquella actitud.

—¿No te parece el hombre más apuesto que has visto en la vida? —suspiró Islaen cuando Meg denunció, con severidad, el truco de Iain MacLagan.

La severa mirada de Meg se intensificó aún más cuando se posó sobre Islaen, que estaba espatarrada de forma poco elegante en la bañera.

—Tiene una cicatriz.

—Pero muy pequeña —respondió Islaen a la defensiva—. Apenas se ve.

Al recordar la cicatriz que iba desde la sien derecha hasta casi el labio, Meg dijo:

—Sí, casi no se ve. Un pequeño rasguño en la piel.

Sin ningún esfuerzo, Islaen ignoró el sarcasmo de Meg. Nunca le había costado. Islaen lo había aprendido mucho antes de que Meg

llegara, igual que a devolverlo en la misma medida porque, en su familia, todos tenían una lengua muy afilada.

—Me pregunto cómo se la hizo. Imagino que en algún gesto galante. Un duelo por el honor o el corazón de una mujer —dejó volar la imaginación.

Meg emitió un sonido desdeñoso y burlón.

—O su cama. Es lo que pone nerviosos a casi todos los hombres. Desenfundan la espada y pelean para tener la oportunidad de desenfundar la otra espada. Los hombres sólo tienen dos cosas en la cabeza.

—Ya —suspiró Islaen—. Luchar y procrear, sangre y carne, violencia y lujuria, arrasar y disfrutar...

—Ya es suficiente, deslenguada. —Meg miró los chispeantes ojos de Islaen inexpresiva—. Sal de la bañera antes de que te arrugues.

—El cielo no quiera que añadamos arrugas a las pecas —murmuró Islaen mientras se levantaba y salía de la bañera—. Ojalá pudiera tener un marido como Sir Iain. ¿No tendríamos unos hijos preciosos? Y fuertes, como mis hermanos y mi padre. Sería bonito.

Como le había dicho el padre de Meg, la mujer tomó buena nota de las preferencias de la chica. En cuanto tuviera ocasión, se lo comunicaría a su primo. A todos les gustaría que la chica consiguiera un marido que fuera de su agrado, aunque no tenían demasiadas esperanzas. Era una chica muy menuda que más de uno temería romper en mil pedazos. Aunque a él le había sucedido lo mismo cuando se casó con la madre de la chica y demostró a todos que se equivocaban. El problema es que muy poca gente se acordaba de la madre de Islaen, de modo que pocos creerían que ella pudiera ser igual de fuerte y prolífica. Aunque también es cierto que Islaen era un poco más delicada y no tan encantadora, puesto que la belleza de su madre era reconocida por todos.

Meg no podía evitar preguntarse si se habría equivocado al esconder el auténtico aspecto de Islaen a la familia. Era imposible que un marido no lo descubriera. Ella sólo había intentado que la chica no fuera objeto de burla y que enseñara su cara más bonita. Quizás aque-

llo bastase para ganarse el perdón por el engaño que había perpetrado, y que había obligado a Islaen a perpetrar, cuando la verdad saliera a la luz. Mientras la ayudaba a vestirse, sólo esperaba que la joven no sufriera, de su marido, la burla y el ridículo de los que ella había querido protegerla. Le provocaría una herida muy profunda, una herida de la que quizá jamás se recuperaría.

Islaen se puso su mejor vestido. Su padre era un hombre adinerado y no había reparado en gastos. Su camisola era de la mejor seda, igual que el sujetador que ella insistía en llevar. El corsé era de terciopelo marrón, con las mangas bordadas a juego con el pellote dorado. Sus pequeños pies iban calzados con unos zapatos del mejor terciopelo dorado. La hopalanda, que cada vez era más popular, quedó fuera del conjunto porque Islaen todavía no conseguía llevar aquella voluminosa prenda con gracia, pues le costaba manejar las mangas abiertas y la cola que se arrastraba por el suelo. Después de colocarle el delicado tocado en la cabeza, Meg supervisó el resultado con ojo crítico.

Tras un último repaso para verificar que no había bultos, irregularidades ni arrugas y que el pelo estaba perfectamente metido debajo del tocado, Meg le dijo que estaba lista. A continuación, la chica se dirigió al salón donde empezaría la búsqueda de marido y conocería al rey.

Islaen intentó controlar los nervios. No quería hacer ninguna tontería ni estupidez. Su orgullo se estremeció ante aquella idea.

La situación no le gustaba pero había decidido soportarla. Ya era hora de encontrar un marido. Y acudir a la corte permitía tener más opciones. Sólo deseaba poder participar de forma más activa en la elección.

Enseguida dejó de lado el resentimiento que amenazaba con apoderarse de ella. Así es como se hacían las cosas. Daba gracias porque no la hubieran comprometido en matrimonio desde la cuna. Había tenido la oportunidad de encontrar un hombre y había habido muchos candidatos que vivían cerca de su casa. Cuando cumplió los diecinueve años y todavía seguía sin compromiso, fue inevitable que su padre decidiera hacerse cargo de la situación. No podía culparlo.

Aunque no estuviera de acuerdo con sus métodos, sabía que lo hacía por amor, porque quería verla feliz. Los acuerdos políticos, defensivos o monetarios que pudieran resultar de su compromiso sólo eran agradables complementos, no necesidades. Miró a su padre, que estaba hablando con Meg, y esperó que la sorprendiera positivamente en su elección de futuro marido y la compensara por no poder tener a Iain MacLagan.

—A la chica le ha gustado Sir Iain MacLagan —informó Meg a Alaistair MacRoth en cuanto tuvo la oportunidad—. ¿Lo conoces?

—Sí. —Alaistair acomodó mejor su corpulento cuerpo en el banco—. Enviudó hace más de un año. Dicen que todavía guarda luto, porque no persigue a las mujeres ni demuestra ningún interés por ellas. Se dice que es frío, que sus emociones descansan con su difunta esposa. Sería una buena unión, porque las tierras que Islaen le aportaría están cerca de las de su familia, pero no creo que tengamos ninguna posibilidad en ese sentido. —Frunció el ceño hacia su prima—. ¿Estás segura? Ese hombre tiene un gesto muy duro y la cicatriz de la mejilla tampoco ayuda.

—La niña dice que apenas se ve, que sólo es un rasguño. Fíjate en tu hija, primo, y mira hacia dónde dirige su mirada.

Fue algo fácil de confirmar, puesto que el rostro de Islaen irradiaba admiración por el hombre que estaba sentado en la mesa del rey. Al poco rato, parecía que recuperaba el sentido común, disimulaba su mirada y actuaba con soltura, pero no por mucho tiempo. Al cabo de unos instantes, había vuelto a perder el control.

—Vaya, lo intentaré, pero no creo que consigamos nada. Se dice que lo acecha un asesino, un hombre que lo culpa de la muerte de Catalina, su difunta esposa. Supongo que algún antiguo amante. Es posible que no quiera volver a casarse por miedo a que la chica se quede viuda dentro de poco. —Meneó la cabeza y se echó el pelo canoso hacia atrás con la mano—. Sin embargo, prefiero que sea feliz poco tiempo que infeliz toda la vida. Si puedes, métele a Ronald MacDubh por los ojos. Es el ahijado del rey y ha expresado su interés por nuestra Islaen.

—Dirás por su bolsillo. El dinero se le escapa de las manos como el agua; unas manos que, por lo visto, no puede mantener lejos de las mujeres.

—Es joven y apuesto. Y cercano al rey. Los demás ya son mayores y menos atractivos. Y hay muchas mujeres exuberantes. Los jóvenes quieren una esposa que no se pierda debajo de las sábanas, quieren curvas a las que agarrarse.

Alaistair deseó que sus palabras no fueran ciertas pero, a pesar de que la dote de Islaen podía hacer que alguno se lo pensara, las tierras y el dinero también podían encontrarse en otro sitio, donde también podrían encontrar carne a la que agarrarse y sobre la que acostarse. El aspecto delicado, si no iba acompañado de unos pechos generosos y unas caderas anchas, sólo despertaba un sentimiento fraternal. Los ojos de los candidatos brillarían ante la dote, pero su interés desaparecería cuando vieran de qué iba acompañada. Cualquier interés anterior moriría. Una dote algo menor a cambio de mucha más mujer era un sacrificio que los jóvenes estaban dispuestos a hacer.

Islaen no esperaba gran interés, de modo que no experimentó ninguna decepción cuando comprobó que era escaso. Sus hombres hacían todo el trabajo mientras ella se entretenía observando a Iain MacLagan. Convencida de que su familia no tardaría en encontrarle marido, decidió disfrutar de aquel hombre mientras pudiera. Quizá más adelante tuviera que recurrir a todos aquellos recuerdos. Era más que probable que necesitara mucha imaginación para que su matrimonio fuera tolerable.

Sabía que había pocos hombres que pudieran igualar la imagen que tenía de Iain MacLagan. Iba a ser difícil no comparar a los demás, fuera quien fuera el escogido como marido, con él. Tendría que intentar esforzarse mucho para no hacerlo. De hecho, sería una estupidez arruinar sus posibilidades de ser feliz con otro hombre porque era incapaz de olvidarse de un sueño. Y sería injusto con su marido.

Aunque eso sólo sería cierto si era bendecida con uno que también estuviera dispuesto a intentar tener el mejor matrimonio posible; uno pleno, rico y duradero. Sin embargo, tenía muchas posibilidades

de no encontrar uno así, por mucha atención que su padre prestara a la elección. Conocía lo suficiente del mundo para saber que no todos los hombres consideraban que el matrimonio fuera algo sagrado o que la mujer importara para algo más que para traer hijos legítimos al mundo. Con un marido así, los recuerdos de Iain MacLagan seguro que serían su única fuente de alegría, aparte de los hijos que pudiera tener.

A pesar de su admirable razonamiento para el continuo examen a Iain MacLagan, admitía que sencillamente le gustaba mirarlo. Era un festín para sus ojos. Incluso cuando sabía que estaba siendo demasiado descarada e intentaba concentrarse en otra cosa, su mirada volvía a deslizarse hasta él y volvía a perderse en el placer de observarlo.

Iba vestido de azul marino y marrón. Sus largas y musculosas piernas estaban cubiertas por unas estrechas mallas marrones. Y las entalladas mangas del gambeson azul revelaban unos brazos fuertes. Espalda ancha, cintura estrecha y caderas rectas completaban lo que era una figura masculina atractiva. Era más alto que la mayoría y, sin embargo, se movía con una elegancia que desafiaba su fuerza y tamaño. Los ojos de más de una mujer lo miraban con aprobación. Y no parecía importarles que no devolviera las miradas lascivas ni las sonrisas amables, manteniéndose al margen de cualquier plan o flirteo.

Tenía un rostro algo desalentador. Era delgado con los rasgos duros, reforzados todavía más por la terrible cicatriz blanca y su expresión distante. El dolor había hecho que sus pómulos fueran más prominentes y los hoyuelos de las mejillas afeitadas, más profundos. Tenía la boca bien formada, aunque sus labios eran más bien finos, algo que era más evidente con el gesto serio que siempre tenía. Y la nariz alargada y recta y la mandíbula orgullosa eran más angulosas que en otros hombres. La piel tostada sólo añadía una formidable y constante oscuridad de expresión. Tenía el pelo castaño y corto, enmarcando aquella cara tan particular. También tenía mechones blancos, algo inusual en un hombre de treinta y cuatro años.

Todo servía para alimentar la imaginación de Islaen. Se preguntó sobre su pérdida, el dolor que tanto lo había marcado. Y, a partir de ahí, le resultaba fácil imaginarse como la mujer que devolvería el amor y la risa a su vida. Mientras soñaba, había más personas de las que ella creía trabajando para hacer realidad sus sueños.